

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. De la Moderación, por doña Carolina Sorel.—Leyendas Bíblicas: Moisés salvado de las aguas, por doña Micaela de Silva.—La Matanza, por doña Camila Avilés.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: *Moisés salvado de las aguas.*—*La pocilga.*—*Colcha de punto de aguja.*—**LAMINA:** *Pieza de música para la edición completa.*

EDUCACION É INSTRUCCION.

DE LA MODERACION.



OY vamos á hablaros, mis jóvenes lectoras, del mundo, de los bailes y de la Moda. ¿No os parece que el asunto es oportuno en esta época del año que tantas diversiones nos ofrece?

No vayais á creer, queridas mías, que tratemos de contrariar la alegría de vuestros juveniles años aconsejándoos que rehuséis esas reuniones, si vuestras madres os llevan á ellas. Nada de eso. Tiene para nosotros tanto atractivo una niña de quince años con su sencillo vestido blanco, que con el mayor gusto os ofreceríamos un lindo ramillete de flores tan frescas como vosotras, y colocaríamos entre vuestros sedosos cabellos un gracioso lazo de cinta azul ó rosa.

El viajero que en un punto de parada encuentra á otros que van á recorrer el mismo camino, sería muy egoísta si no les advirtiese de los peligros que él ha encontrado y sabido evitar. Yo que os hablo por primera vez, por un motivo inesperado, y aun contra mi deseo, conociendo mi incompetencia, me creo en el deber de daros consejos, hijos de mi experiencia, que podrán guiar vuestros primeros pasos en la sociedad que os abre hoy sus puertas.

Hay una virtud cristiana que debéis procurar adquirir á toda costa. Es la moderación. No esteis persuadidas que nos es necesaria solamente para reprimir las malas inclinaciones: es tambien indispensable para conducirse bien en el mundo. Sin duda habreis oido alabarla, pero no conoceréis sin embargo todas sus ventajas. Cuando se posée esta virtud, es im-

2.^a ÉPOCA.

sible ocultarla; se trasparente en la fisonomía al mismo tiempo que dirige la palabra y la acción; así es que inspira estimación y confianza, y asegura una verdadera amistad. Algunos quieren confundirla con la frialdad á la que todo es indiferente, pero bien lejos de eso deberíamos practicarla hasta por egoísmo, porque no dejando traspasar nuestras aspiraciones de su justo límite contribuye á labrar nuestra felicidad. Si en todas las épocas de la vida es la moderación una virtud laudable, de ninguna es tan propia como de la juventud. Aprendiendo á practicarla desde niñas, limitando nuestros deseos, se nos hace familiar y forma la base de nuestro carácter; y luego, es tan simpática una jóven modesta!

La moderación en nuestros gustos tiene tambien la ventaja de preservarnos de la envidia, y hacernos vivir contentos en la próspera fortuna y en la adversa, formando en nosotros un carácter siempre igual que conserva el buen humor. Una arruga en la frente, un gesto mal comprimido de disgusto en los labios eclipsan el brillo de la mayor belleza ó del traje mas elegante.

Las señoras de edad suponen en las jóvenes un deseo inmoderado de lucir. Se les contesta con una sonrisa irónica: cosas de viejos! Es preciso confesar sin embargo que hoy las señoritas visten de un modo poco conforme á la sencillez que requiere su edad, y que es uno de sus principales atractivos, y muchas veces con un lujo que no guarda proporcion con la fortuna de su familia.

En este punto, amables niñas, debéis llamar á la moderación en vuestro auxilio. Si una niña de diez y seis años no aprende á arreglar los gastos de su toaleta á los medios de que dispone, nadie puede prever adónde irá á parar cuando sea madre de familia.

El deseo de parecer bien, el de vestir con gusto, es natural en una jóven, y parece que en su aseo y en su traje se revela el carácter de la mujer; pero no debe apresurarse á llevar una moda nueva hasta que

la vea adoptada por señoras, dignas de consideracion y respeto.

No se opone ciertamente á la moderacion que recomendamos, el disfrutar, sin desmentirla, de las diversiones que en esta temporada os permita la posicion de vuestra familia. Así como las plantas necesitan el aire, la juventud necesita el movimiento y la alegria. Pero una niña bien educada acepta con gusto una invitacion obsequiosa, y no se desespera si por un fracaso se descompone un proyecto agradable. El mejor medio de moderar la aficion á las diversiones es el de subordinarle al gusto de los demas. Así satisfechas de vosotras mismas, el contento animará vuestra cándida frente y realzará las flores que la adornan, y cualquiera que sea vuestro traje, rico ó sencillo, no podrá menos de sentaros perfectamente.

Gozad de las diversiones con naturalidad y sin pretensiones, y vuestras madres al veros pasar bailando ligeras y alegres se rejuvenecerán en vosotras, recordando los tiempos felices en que ellas tambien fueron niñas.

CAROLINA SOREL.

LEYENDAS BÍBLICAS.

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS.

Cuando el anciano Jacob, Patriarca de Israel, murió en Egipto, sus descendientes masculinos no bajaban de setenta: esta dilatada prole creció despues, y se fué multiplicando á la manera que se multiplican los peces en el mar. No habia pasado siglo y medio, y ya los hijos de Israel poblaban la parte oriental del bajo Egipto, y la raza pobladora infundia recelo á causa de su creciente prosperidad; no sin razon los miraban los indígenas como estranjeros, pues los israelitas, fieles á sus tradiciones, conservaban el idioma, las costumbres y creencias de sus padres, junto con el deseo de volver á la tierra de promision, patria que les habia señalado el cielo, y en la cual reposaban las cenizas de sus mayores; de modo que los hebreos en las márgenes del Nilo suspiraban por las deseadas riberas del Jordan, como el desterrado suspira en suelo extraño por el hogar de sus abuelos.

Mientras José vivió, sus hijos y deudos gozaron de la consideracion debida siempre á la familia de los buenos servidores del Estado; pero despues que murió su virey los egipcios perdieron la memoria de aquellos imponderables servicios, que no hay cosa

mas fácil de olvidar que un beneficio, y gracias si la gratitud sobrevive algunos dias al bienhechor.

Los hebreos acogidos hospitalariamente por Pharaon, el amigo de José, alcanzaron en los primeros años de su residencia el cariño de los vasallos de aquel monarca. Muerto Pharaon comenzaron á experimentar el desvío de los naturales del país, y este desvío no tardó en trocarse luego en aversion y tiranía.

Amenofis empuñó el cetro de los Pharaones: era este rey astuto y propenso á la crueldad, y ensañóse de un modo bárbaro contra unos súbditos que consideraba como peligrosos. No atreviéndose á expulsarlos, por temor de disminuir la poblacion de su reino, valiése de arteras mañas, y oprimiólos bajo el peso de la mas dura servidumbre, obligándolos á ejercer los oficios mas penosos; agoviaba sus hombros con insoportables cargas, esponíalos á los rigores de la intemperie, hacíalos trabajar en las canteras y en la construccion de plazas, fuertes y otras obras públicas, sin retribuirles mas que un miserable jornal, suficiente apenas á cubrir las necesidades mas perentorias; escasamente dejábales gozar de las dulzuras del sueño y de la paz de sus lares; castigábales duramente por la mas leve falta, valiéndose para ello de capataces inhumanos: que los ministros de que se valen los déspotas son por lo regular mas tiranos que sus señores.

Obra de los hebreos fueron las ciudades ó plazas de Tabernáculos, Pithom y Ramesses.

Amenofis, al imponerles tan rudas tareas, llevaba la mira de agoviarlos á fuerza de vigiliass, cansancio y opresion, creyendo así cortar el daño que temia; debilitando á los hombres, pensaba que serian menos fecundas sus mujeres, y que muriendo aquellos poco á poco acabaria por extinguirse la raza, ó disminuir hasta el punto de no infundir temor ninguno á sus opresores.

Pero el Señor, cuya potestad es infinitamente superior á la de todos los tiranos del mundo; el Señor, que deshace con un soplo las maquinaciones de los soberbios que toman á empeño contrariar sus desig-nios, como si la criatura pudiera imponer leyes al Criador, habia dicho á Abraham:—«Tu descendencia se multiplicará como los granos de arena que hay en las orillas del mar,» y los nietos de Abraham se multiplicaban en Egipto, á pesar de la opresion, como se multiplican los retoños en el árbol que hiere la podadera del cultivador.

Amenofis, ó Pharaon, como le llamaban los egipcios, desde que ocupaba el trono adquirido por derecho de conquista, ó por eleccion de sus vasallos, vió sus cálculos fallidos, y apeló á medios mas ejecutivos y no menos crueles: llamó á las parteras que asistian á las mujeres israelitas, y bajo severas penas las impuso la dura ley de que ahogaran en el momento de nacer á los hijos de los hebreos, perdonan-

do á las hijas. Esta orden, dada en secreto, porque los criminales huyen de la publicidad y esconden la mano con que arrojan la piedra sobre las víctimas de su barbarie, no fué obedecida por aquellas mujeres, mas temerosas de Dios que de los hombres, mas amantes de la humanidad que de su propia vida; destruyendo la obra del Criador cometerian un pecado, perdonando á las víctimas exponíanse á un castigo, y prefirieron, como debian, la ley de Dios á la de un hombre, que mas vale morir sin culpa, que vivir con ella.

Mas no murieron las parteras, que reconvenidas por Pharaon, disculpáronse diciendo: —Las mujeres de los hebreos son robustas como las leonas, y no han menester de ayuda para dar á luz á sus hijos, como aquellas no la necesitan para que nazcan sus cachorros. Así es que no se valen de nosotras.

Esta disculpa salvó del castigo á las piadosas mujeres, mas no de la muerte á las tiernas criaturas, porque Amenofis, rompiendo la postrer valla del pudor, dió público testimonio de su maldad, ordenando que fueran arrojados al Nilo cuantos infantes nacieran en las tribus de Israel; esta inhumana ley llevóse á efecto, y atrajo la cólera de Dios sobre aquel reino, cuyas plagas recuerda el mundo con espanto.

En su fuerza se hallaba el bárbaro decreto cuando en la tribu de Levi, Jocabet, esposa legítima de Amram, dió á luz un niño, cuya maravillosa hermosura diríase que presagiaba los altos destinos á que por el cielo era llamado. Jocabet, madre á un tiempo feliz y desgraciada, presentia el imponderable valor de aquella joya que la regalaba Dios y los hombres querian arrebatarla, y por espacio de tres meses la ocultó á las miradas de sus perseguidores, con el triple afán que muestra el avaro al esconder su tesoro en las entrañas de la tierra, pero la madre no podia esconderle ya en las suyas; lloraba el niño, y su voz aunque débil, revelaba el secreto de su existencia. Convencida la infeliz de que no era posible ocultarle mucho tiempo, prefirió la incertidumbre á la seguridad de atraer sobre la cabeza del hijo y de los padres la furiosa venganza del tirano, que no hubiera perdonado la infracción de su ley.

Entonces apeló á una industria sugerida por el amor, la confianza en la Providencia y el deseo de prolongar á lo menos algunas horas la vida de aquella hermosa criatura. Formó con sus manos una cuna de mimbres juntos y betun, en ella colocó al niño, y la frágil navecilla quedó expuesta en los cañaverales que bordaban las orillas del famoso rio. La hermana del expuesto niño, María, que apenas contaba diez primaveras, protegía con sus miradas la cuna preciosa en que su madre habia depositado su esperanza, ignorando la piadosa mujer que de la salvacion de su hijo dependia la salvacion de su pueblo.

El niño dormía en la cuna, y su hermanita, con el ojo avizor, permanecía oculta entre las cañas ve-

lando por el dormido infante. La hermosa niña parecia el ángel de la Guarda protegiendo á la debilidad y la inocencia. De pronto vió acercarse al rio una comitiva numerosa, y compuesta de nobles damas. Era la de Termutis, hija de Pharaon, cuya virtud y sensibilidad contrastaba con la malicia y dureza de su padre.

La Princesa y sus damas iban al baño, y María tembló de pies á cabeza; la fragil cuna se hallaba en el si-



Moisés salvado de las aguas.

tio que Termutis eligió para bañarse; sus miradas se fijaron en ella, y al verla flotar sobre las aguas mandó á sus compañeras que se acercasen á ver lo que allí habia; obedecieron sus órdenes aquellas, y apoderándose de la cuna, volvieron al lado de Termutis, diciéndola: —«Es un niño de los hebreos.»

Fijó en él la Princesa sus miradas, y conmovióse hasta el punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Qué criatura tan hermosa! exclamó, y hemos de consentir en que perezca? ¡Oh, no; no por cierto, yo le serviré de madre.

María, que tal oyó, salió entonces de los cañaverales, y presentándose á la Princesa en cuanto salió del baño, miró al niño, y fingiendo no conocerle, dijo á la hija de Pharaon. —¿Quereis, señora, que busque una mujer hebrea para que pueda criar ese niño tan hermoso?

—Sí por cierto, vé á buscarla, y tráemela en seguida, respondió la generosa y amable Princesa, sin sospechar que María obraba impulsada por el interés

de su propia sangre y el santo amor á su familia. Corrió exhalada en busca de su madre, que falta de valor se habia retirado á llorar y pedir al cielo que protegiese la existencia de aquel hijo desamparado; loca de gozo escuchó la nueva feliz, y con María corrió en busca de la salvadora de su hijo. Esta la recibió con bondad suma, y presentando al niño, que la pobre mujer recibió como si fuera extraño, díjola con dulzura. «Críale con esmero y yo te lo recompensaré.»

Jocabed recibió en sus brazos la prenda de su amor, ¡cuál seria la conmocion y el gozo de aquella madre al acercar á su pecho al hijo de sus entrañas! Este fué llamado Moisés, que significa salvado de las aguas.

Moisés adoptado por la hija de Pharaon, creció en el mismo alcázar del tirano, y á su vista recibió la educacion mas brillante que podia recibirse en aquel tiempo. Iniciado Moisés en la ciencia del mundo, cuyo emporio se hallaba por entonces en Egipto, fué la mayor de sus lumbreras; pero el saber humano es humo en comparacion de la divina ciencia que le comunicó el Señor, como á enviado y representante suyo en la tierra de Israel, cuna de la verdadera religion que ha civilizado al mundo.

Sin miedo de incurrir en una hipérbole, se puede asegurar que Moisés ocupa el primer lugar entre los hombres, exceptuando á Jesucristo, modelo de toda perfeccion y tipo de santidad incomparable.

Hombres hubo en todos los siglos que se ilustraron en el ejercicio de las armas ó en los diferentes ramos del saber humano; pero ninguno, al par que Moisés, unió en sí mismo el conjunto de las cualidades que distinguen al caudillo valeroso, al experto general, al profeta maravilloso, al orador, al sábio, al artista, al filósofo, al legislador, al magistrado, al historiador sencillo y veraz, y por último, al poeta inimitable; su inspirada pluma nos trazó el risueño cuadro de la creacion del mundo, la triste caída de nuestros Padres y sus terribles consecuencias, que al vivo nos representa el drama sombrío del Diluvio universal.

La pluma de Moisés narró la vida de los Patriarcas en églogas pastoriles, cuya sencillez nos encanta; á ella se debe la pintura de aquel horroroso cataclismo en que perecieron las Ciudades nefandas, y la historia de los prodigios que obró el Señor en el desierto hasta que su escogido pueblo arribó á los confines de la tierra prometida.

Por último, solo á Moisés cupo la gloria de ver la faz del Señor, cuando entre relámpagos y truenos se le apareció en la cumbre del Sinaí, y como á enviado suyo encargóle trasmitiese á su pueblo y á las generaciones venideras los Mandamientos del catálogo, mandamientos que rigen y rigirán siempre hasta

la consumacion de los siglos, porque la ley de Dios es invariable, y su palabra eterna.

MICAELA DE SILVA.

LA MATANZA.

Tendido sobre unos haces de romero, junto á la puerta de su amo, estaba un cerdo, excitando la gula de cuantos al pasar le miraban. ¡Cáspita, si es alhaja el morenillo! decian. Cuidado si está hermoso y de buen año!! Lo que menos pesa diez arrobas, y á todo esto el morenillo callaba como un muerto!...

Váyase porque algunas horas antes habia escandalizado el barrio con sus gruñidos y pataleos, resistiéndose á dejar vacante la pocilga, pues, aunque bruto, de sobra conocia le llegaba su San Martín, fiesta que para los cerdos no es menos temible que la de Navidad para los pavos, capones y besugos.

—Ea! manos á la obra, señora Claudia, dijo el tocinerero, limpiando con el mandil la hoja de un afilado cuchillo, que lejos de amedrentar á la perrilla que siempre iba trás del amo, como la sogá trás del caldero, pareció causarla un vivísimo placer, puesto que comenzó á dar vueltas y mas vueltas, moviendo el rabo á guisa de abanico.

—Vaya un bicho de provecho, exclamó el tocinerero entusiasmado. Bien digo yo que no hay otra como la señora Claudia en punto á cebar estos animales! ¿Qué diantres les da Vd. de comer para que crien una carne tan sabrosa?

—Vaya una pregunta, exclamó la buena mujer engallándose un poquito. ¿Piensa Vd. que los cebo con gallinas y pavos rellenos? pues no señor, que se contentan con un bodrio de berzas, patatas y desperdicios de la verdura, mendrugos, salvado desleído en agua caliente, y por fin y postre les doy buenos puñados de bellotas, qué para eso mis chicos me las traen á sacos!

—Ya lo creo, como que los muchachos se pintan solos para rebuscarlas; cuanto mas chicos menos trabajo les cuesta bajarse, por eso Antoñito es el que mejor sabe hacer el agosto. Risa me da verle cuando viene del monte tan cargado, que casi no puede con las alforjas, pero él ala que ala, sigue su camino, y no haya miedo de que las suelte.

—Sí, sí, bueno es él para soltarlas, dijo la madre, cayéndosele la baba de gusto. El pobrete se ha creído lo que le dice su abuelo, y piensa que las bellotas en casa se convierten en salchichas, así es que me trae unas alforjas que meten miedo!

Justo será que le demos el rabo del cerdo, pues

le tiene muy bien ganado con el sudor de su frente.

—Dichoso rabo! exclamó la extremeña, que tenía sus puntas de letrada. Si no me le han pedido ya mas de cien veces cada uno!! Sin hacerse cargo de que para complacerlos á todos era preciso que hubiesen hecho al morenillo Bajá de tres colas, y aquí no estamos en tierra de moros.

—Pues en ese caso darle gusto al mayorazgo, y que Antoñito se lleve la mejor longaniza; en cuanto al segundo, como la echa de músico, le daremos la vejiga para que haga un rabel y se divierta estas Pascuas.

Mientras duraba este diálogo, no perdía tiempo el Romillo, que fué separando los menudos, el lomo y solomillo, las costillas, entresijos y mantecas, los despojos y perniles, hasta dejar mondas y lirondas dos hojitas de tocino que daba gloria verlas.

Todo esto lo iba colocando la señora Claudia en unos barreños y pucheros, que de puro fregados relucían de modo que se podía ver la cara en ellos.

La chilina, de centinela junto á su amo, no le quitaba ojo esperando que, por vía de fineza le arrojase alguna que otra pilitra, que ni quedársele podía entre los dientes, puesto que la engullía sin mascar; sin embargo, la perra de puro gorda parecía un boliche; algo mas que desperdicios le arrojaría su amo, pues con los del cerdo no es fácil engordar.

En él todo se aprovecha, desde la dura piel que forma la corteza del tocino, hasta las tripas, que sirven para los embutidos. Con las cerdas se fabrican pinceles y cepillos.

Con la sangre bien batida con una cuchara de palo, se mezcla el picado de los entresijos y la carne grasienta, con una buena cantidad de cebolla, y luego se sazona con sal y pimienta, para hacer las morcillas, que da gusto verlas despues colgaditas al humo.

Con la carne magra y entregorda bien picada y amasáda se hacen los chorizos, que se cuelgan y sirven de arracadas á la chimenea.

Con el hígado del cerdo guisanse la cachuela extremeña, ó el castellano, y majadito morteruelo, que allá se va con la primera en el sabor, y emtrampos huelen á clavo, pimienta y gengibre.

Con los sesos, riñones y criadillas hacen los ex-

tremeños un plato que, con razón se llama el *buen bocado*.

El hocico y el rabo, las patas, las orejas y la lengua, todo se come y todo sabe bien, excepto la hiel, que no debe tener poca el marrano, á juzgar por lo mucho que gruñe.

El tocino y los jamones se salan, y duran todo el año para bien de la olla y tormento de la sartén.

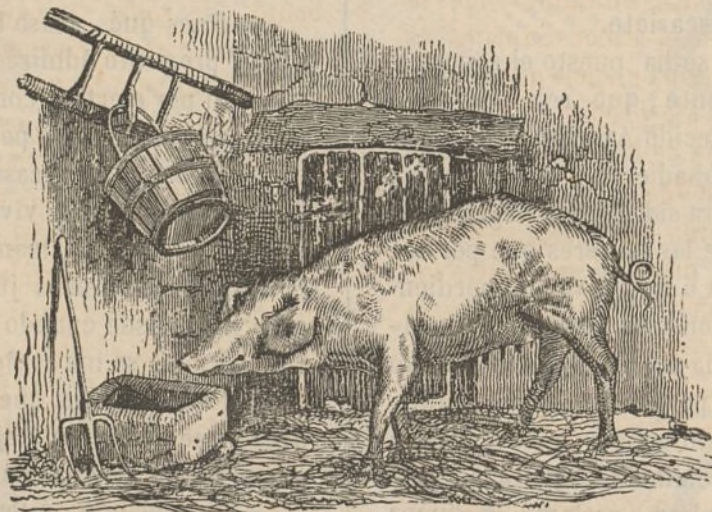
Los despojos se adovan con ajos, pimentón, vinagre, sal, orégano y laurel, y despues se van echando en la verdura, y la ponen tan suavecita y sabrosa, que se chupa uno los dedos al comerla.

La manteca bien derretida y colada, sirve todo el año para los usos culinarios, y hasta en las boticas y perfumerías hace su papel convertida en ungentos ó pomadas. Que mas de una pulcra señorita se alisa los rizos con la grasa del marrano, y así tan feísimo animal contribuye á embellecerla prestando lustre y suavidad á sus cabellos.

No sirven de poco los magros y grasientos chicharrones, con ellos hacen las lugareñas tortas que les sirven de reclamo. Nos las envían á la corte dos ó tres días antes de la Noche-buena, pidiéndonos en retorno el *aguinaldo*, y así cádate á las negras tortas convertidas en vizcochitos de abadesa.

Por fin, hasta el estiercol del marrano sirve para el abono de las tierras *cálidas*, y con esa pasmosa economía y enlace de la naturaleza que todo lo produce y todo lo aprovecha, tan vil materia contribuye á que nazcan en el suelo hermosas flores ó regalados frutos. Qué tales maravillas obra el Omnipotente!

Las operaciones indicadas deben hacerse con limpieza y brevedad en los días de matanza: las manos de la pintiparada vecina del Romillo parecían multiplicarse, amén de que sus órdenes ponían en movimiento las de toda su familia. Hasta el bueno de su padre, que, gracias á lo mucho que había servido á la patria en sus juveniles y maduros años, descansaba en la vejez luciendo al sol sus laureadas cruces, ó contando al amor de la lumbre la batalla de Bailén, el cerco de Gerona, y la defensa de Zaragoza, ciudad que no puede contar el número de sus santos ni el de sus héroes, porque unos y otros fueron *innumerales*. Hacía en tales ocasiones el sacrificio de su privilegio, tomando á su cargo el atizar la lumbre, sin



La pocilga.

perjuicio de divertir á sus nietos contándoles unos cuentos de brujas y Príncipes encantados, con los cuales encantábalos mejor que hubiera podido hacerlo el mismísimo Merlin.

Mientras el veterano entretenía con sus ocurrencias á los chicos, su madre puso á freir el picadillo de las longanizas para ver si estaba en sazón.

—Qué bien huele, dijo Antoñuelo al percibir el olorcillo que despedía la sartén.

—Mejor sabrá, repuso el sargento saboreando anticipadamente la fritada.

Oyéndolo se hallaban cuando resonó en la cocina la voz de su madre, diciendo: —¿Quién me alcanza el cesto de las especias?

—Yo, madre, yo, gritó el servicial Antoñuelo encaramándose al vasar con tanta ligereza y tan poca fortuna, que se le vino encima un gran cucurucho de pimenton, y sin saber cómo encasquetósele por gorro, esparramando el contenido; de suerte que la negra caballera del angelito se tiñó instantáneamente del color de la de Judas Iscariote.

—¡Caramba, qué majo se ha puesto el señorito! exclamó el bribonzuelo Vicente, que reía como un loco; mientras el cariacontecido Antonio ni á llorar se atrevía de miedo que la añadieran á la que ya tenía otra peluca, que hubiera sido la mas negra.

Mas no era su madre de las mujeres que por todo riñen y gritan, convenga ó no convenga, perdiendo así la fuerza moral que tanto se necesita para infundir respeto y hacer que la correccion sea el fruto de las justas reprensiones; para las culpas involuntarias no tenía límites su indulgencia, y guardaba la severidad para cuando la reclamaba la justicia.

—Ven acá, hijo de mi alma, exclamó la buena mujer atrayendo hácia sí la cabeza del niño, para sacudir ligera y suavemente sus empolvados rizos. ¿Te ha caído pimenton en los ojos, cordero mio? preguntóle con voz cariñosa, y segura ya de que todo el daño estaba reducido á la pérdida de dos libras del polvillo encarnado, echóse á reir diciendo: —Hijo, véte á sacudir y cepillar la chaqueta, que no te han hecho Cardenal para que te vistas de colorado; dicho lo cual, corrió á la despensa y trajo el pimenton que tenía de repuesto, que para eso le compraba por medias arrobas.

—Esta pata no tiene mas que cuatro dedos! saltó diciendo la chiquitina Gertrudis, despues de haber contado y recontado mas de cien veces los dedos de la indicada pata del cerdo, empeñada en que habian de ser cinco: le falta uno!

—El mismito que hallan de menos los que le buscan cinco piés al gato, dijo Vicente que la echaba de doctorcillo. ¡Cuidado si eres tonta! á los animales que andan en cuatro piés se les llama cuadrúpedos, y eso en latin significa cuatro dedos.

Como si el gato hubiera querido enmendar el

yerro del traductor, comenzó á gruñir y mascullar debajo de la tinaja: el minino me ha robado la pata del moreno! exclamó Gertrudis, corriendo á quitársela, y volvió lloriqueando y diciendo: —No sabes lo que te dices, Vicentillo, el gato anda en cuatro piés y tiene cinco uñas; mira, mira, cinco arañazos me ha hecho en la mano de una sola zarpada.

La leccion, aunque indirecta, dejó chafadito al maestrillo Ciruela, y éste, á falta de razones, dirigió á su corrector insultos, llamándole pícaro, ladrón, y otros epítetos nada honrosos. ¡Cómo si el gato fuera su adversario en política ó su rival en literatura!

Por último, cociéronse las morcillas, embutiéronse los chorizos, y la señora Claudia puso aparte unos platos que contenian la prueba de la matanza, es decir, una morcilla, una longaniza, un trozo de tocino de la papada, otro de hígado y unas costillitas de lomo. Esta, dijo, es la ración que pertenece á Dios.

—Pues qué, acaso Dios come lo mismo que nosotros? preguntó admirado el doctorcillo Vicente.

—Sí por cierto, contestó la buena madre, Dios come por boca de los pobres, y ahora mismo vais á llevar estos platos á casa del ciego Julian, y á la de la pobre tullida que vive junto á la iglesia; de paso decid á la viuda Germana que venga con sus hijos esta noche y cenaremos juntos. ¡Pobrecitas criaturas, sabe Dios desde cuando no habrán probado el lomo! Los bocados se me atragantan en la boca cuando me acuerdo del hambre que pasan los hijos de otras madres, que quizá son mejores que yo; por eso quiero que prueben mi chacina.

—Ea! volando, á llevarles el presente, y el que no esté aquí á la media hora se quedará sin cenar.

Al oír tal amenaza salieron los chicos como un rehilete, y volvieron luego contando el gozo y las bendiciones con que los pobres habian recibido la fineza, relato que alegró el corazón de la madre, y abrió de tal modo el apetito del abuelo, que uno y otro convinieron en que nunca les habia parecido mas sabrosa la chacina.

Gastrónomos, sabedlo, y antes de regalaros en el festin, acordáos que hay hambrientos en el mundo; repartid con ellos vuestros manjares, y os parecerán doblemente deliciosos, porque la mitad del bocado repartido con el pobre, lleva en sí la bendición del Dios de las misericordias.

CAMILA AVILÉS.

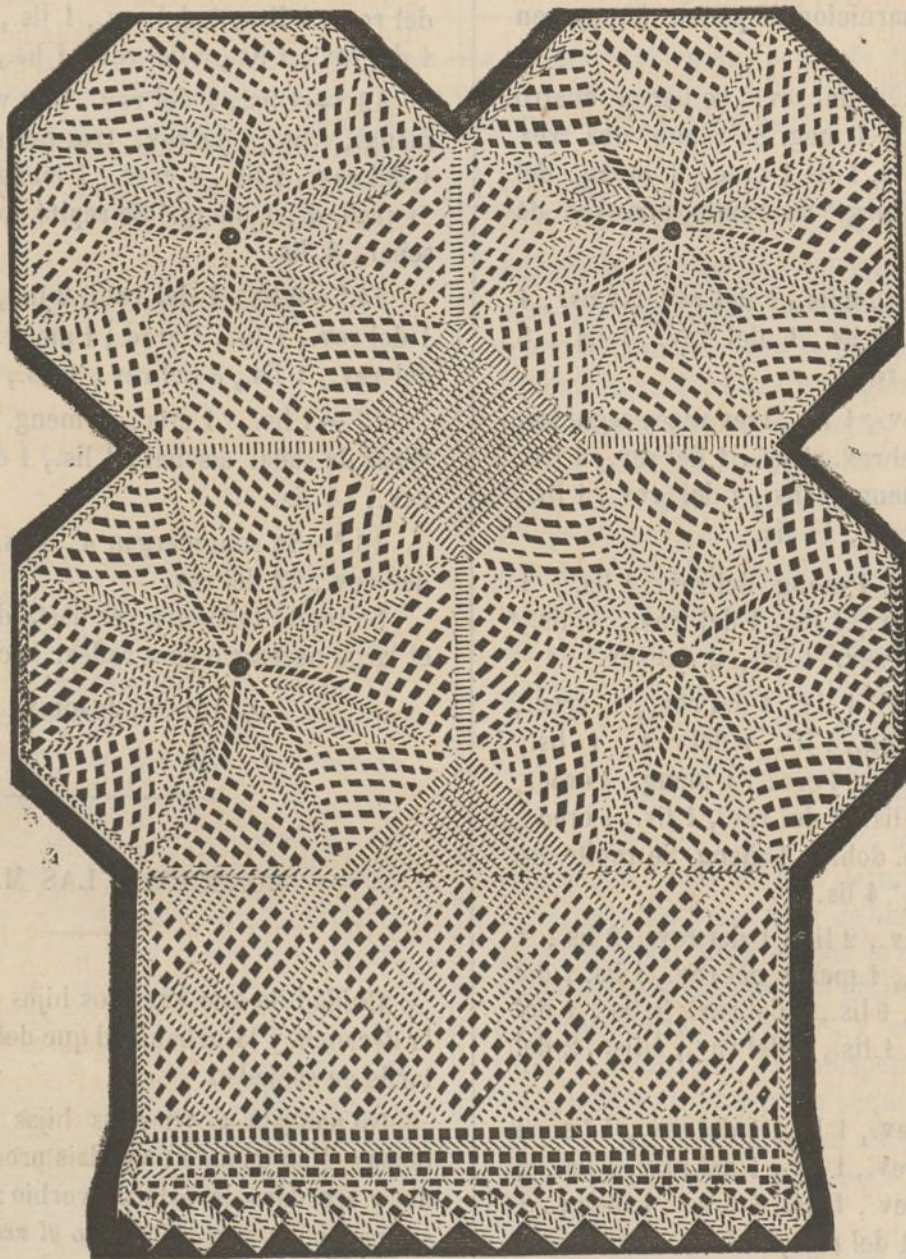


LABORES.

Esta labor, que concluida es de un efecto encantador, se ejecuta en octógonos y cuadrillos separados, que se van luego uniendo á punto por encima, lo que

Vuelta 18.^a—1 crec., 1 lis., 1 meng., 6 lis. Se repite hasta el fin de la vuelta

20.^a—1 crec., 1 lis., 1 crec., 1 meng., 1 crec., 1



Colcha de punto de aguja.

hace infinitamente mas cómoda la labor que si se ejecutase entera: la cenefa está tambien hecha aparte.

Para el octógono se ponen dos puntos en cada una de las cuatro agujas, ejecutando 17 vueltas lisas, aumentando en la segunda un punto delante de cada uno de los cuatro, y repitiendo en todas las vueltas par un crecido sobre el anterior. Todas las impares se hacen lisas por lo cual las omitimos.

lis., 1 meng., 5 lis. Se repite.

22.^a—1 crec., 1 lis., *1 crec., 1 meng.* Se repite dos veces desde la señal., 4 lis. Se repite todo.

24.^a—1 crec. 1 lis., *1 crec., 1 meng.* Se repite tres veces de señal á señal., 3 lis. Se repite todo.

26.^a—1 crec., 1 lis., *1 crec., 1 meng.* Se repite cuatro veces de señal á señal., 2 lis., y se repite todo hasta el fin de la vuelta.

9.^a—1 lis., 1 del rev., 1 lis., 1 del rev., 1 crec., 1 meng., 1 crec., 1 meng., 1 lis., 1 del rev., 1 lis., 1 del rev., 1 lis., 1 del rev., 1 crec., 1 meng., 1 crec., 1 meng., 1 del rev., 1 lis., 1 del rev., 1 lis., 1 crec., 1 meng. del rev., 1 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng., 4 lis.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CONSEJOS Á LAS MADRES.

Por lo no armado

El Directory Editor propietario, *P. J. de la Peña.*

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.